

# *El Fénix de Oriente. Rusia como potencia global en el siglo XXI,* de Ana Teresa Gutiérrez del Cid

Ileana Cid Capetillo<sup>1</sup>

Hace apenas 25 años el mundo estaba conociendo la *perestroika* que develaba con toda crudeza las debilidades de la segunda potencia, la primera en el bloque socialista, cuya zona de influencia hasta entonces se extendía por amplias regiones del mundo, apoyada en capacidades territoriales, económicas, de recursos, pero sobre todo militares, que había desplegado desde el desarrollo de la segunda guerra mundial, todo lo cual le aseguraba un lugar predominante en el diseño y la toma de decisiones en el nivel mundial.

En tan breve periodo histórico, los acontecimientos se han sucedido con una intensidad asombrosa: la desintegración del bloque socialista y de la misma URSS, la pervivencia de Estados Unidos –aunque con signos de marcada debilidad que conducían a augurar su declinación definitiva–, la extensión de la idea de la unipolaridad político-militar, la integración de la Confederación rusa después de la pérdida de importantes territorios en Asia Central y en el Báltico. Como dice la autora: “Desde 1991, fecha de la desintegración de la Unión Soviética, Rusia y las antiguas repúblicas soviéticas han vivido crisis económicas y políticas que parecieran no tener fin. Esto sobre todo es cierto para la Federación Rusa, las Repúblicas del Cáucaso: Armenia, Georgia y Azerbaiján y las repúblicas islámicas ex soviéticas: Kazajstán, Uzbekistán, Turkmenia, Kirguizia y Tadjekistán. Son frecuentes los escenarios de cruentas guerras fratricidas y movimientos separatistas en los cuales juega un papel muy importante el factor islámico radical.” (p. 130)

Durante los gobiernos de Mijail Gorbachov y de Boris Yeltsin, Rusia parecía hundirse en un abismo sin fondo: debilitamiento económico y del aparato productivo, empleo mal remunerado que llevaba a la población a encarar niveles cada vez más preocupantes de precariedad, privatización extendida en las empresas más importantes, todo ello de cara a la formación de grupos de

---

<sup>1</sup> Licenciada en Relaciones Internacionales por la UNAM. Cuenta con estudios de Maestría en Relaciones Internacionales por la misma institución y con estudios de Doctorado en Relaciones Internacionales, Unión Europea y Globalización en la Universidad Complutense de Madrid. Profesora adscrita al Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS-UNAM.

oligarcas cuya fortuna crecía constantemente con el agravante de un ambiente de corrupción cuya mala fama se extendía por todo el mundo.

Tanto en sus condiciones internas como en su ubicación en la jerarquía internacional, Rusia encaraba una situación que parecía vaticinar una improbable recuperación

En este contexto, en agosto de 1998, se produjo una drástica crisis financiera y una fuerte devaluación del rublo que desestabilizó el sistema mundial y que repercutió incluso en el colapso de las bolsas de valores de varios países de América Latina. Aunque no todos salieron perdiendo pues a través de la especulación se desviaron importantes cantidades de fondos a favor de bancos extranjeros y oligarcas rusos. Como consecuencia, entre otras cosas, de esa situación, el gobierno de Yeltsin se resquebrajó y como presidente presentó su renuncia el 31 de diciembre de 1999.

En la primera década del siglo XXI, los cambios que se han producido en Rusia son evidentes a todas luces, pero su análisis es sumamente complicado porque involucra una multiplicidad de aspectos, de regiones, de actores individuales y nacionales y de procesos de difícil integración. Por esta razón, damos la bienvenida al libro que nos presenta Ana Teresa Gutiérrez del Cid porque nos permite conocer los antecedentes que explican los procesos políticos vigentes, las biografías políticas de los principales protagonistas, sus motivaciones, la manera en que han integrado los grupos de apoyo que les permiten allegarse las bases de la sociedad que con su aceptación les brindan legitimidad, y los efectos en la nueva fisonomía rusa.

El argumento central del libro es que Rusia ha renacido como un ave fénix y que en el transcurso de los recientes diez años está consolidando con habilidad política los elementos que se le exigen a un país o una región para ser realmente valorado como una potencia mundial de primer orden.

Destaca sin duda la presencia y el papel que juega Vladimir Putin, quien con una combinación de nacionalismo y autoritarismo ha interpretado el sentir del pueblo ruso ayudándole a recuperar desde las posibilidades de bienestar hasta la confianza en que puede recobrar el status internacional anterior, lo que redundo en el orgullo nacional que a través del discurso le insufla su líder.

Las tareas que emprende Vladimir Putin en los dos mandatos que dirige como presidente fueron realizadas con base en la consolidación de un Estado y una presidencia fuertes. Así, aunque fomenta la constitución de una Duma que pueda participar en la creación de políticas, controla su anterior atomización provocada por la presencia de más de dos centenas de partidos políticos que son drásticamente reducidos a través de la medida de sólo permitir el registro a aquellos que reúnan un siete por ciento de la votación, además de que su partido cuenta con una amplia mayoría.

Al iniciar el nuevo milenio, el país enfrentaba quizá los problemas más graves y numerosos que cualquier otro tuviera en ese momento: una casi total ausencia de capital, problemas graves en su cercano extranjero, concretamente en la Comunidad de Estados Independientes, disputas étnico-nacionales, conflictos al interior de la nación, disputas territoriales, obsolescencia de su equipo militar. Además, la autora hace énfasis en dos situaciones que debilitaban su papel como gran potencia: de un lado el abandono en que tenía a “sus anteriores aliados en el mundo en desarrollo, en Medio Oriente, África y América Latina y en los territorios ex soviéticos” (p. 64) y de otro, el hecho de que carecía de una política exterior propiamente dicha. Además, paralelamente, enfrentaba la animadversión de sus competidores internacionales, con Estados Unidos a la cabeza con una estrategia por parte de George W. Bush que claramente intervino o apoyó todas aquellas situaciones conflictivas en Asia Central, los países bálticos, el Cáucaso, y en algunos países de Europa central y del este que cuestionaran la influencia rusa.

Un ejemplo de ello, en particular preocupante para Rusia, fue el que se suscitó con la calurosa acogida, a mediados de la primera década de este siglo, a los procesos de cambio de régimen en los países de Asia Central que desembocaron en las revoluciones de colores, de las cuales la de Ucrania ha atraído la atención de los observadores pero que ahora tenemos oportunidad de revalorar con el triunfo en las elecciones presidenciales del pasado mes de febrero de este 2010, en las cuales resultó vencedor Víctor Yanukivich, quien tiene una línea política más cercana a Rusia, derrotando a Yulia Timoshenko, primer ministro en ese momento, quien no oculta sus preferencias por Occidente.

Asimismo, la autora analiza con sumo cuidado la reacción de Rusia frente a la escisión de Kosovo respecto de Serbia, avalada inmediatamente por Europa y Estados Unidos, y que Rusia no puede aceptar al tratarse de un país que ha sido tradicionalmente su aliado. Los casos de Osetia y Abjazia presentan la otra cara de la moneda, por lo que ahí se respondió con una típica política de poder.

La tensión se incrementó y se alargó durante de la segunda administración de Bush, con el anuncio de un proyecto (por el momento cancelado por el gobierno de Barack Obama) para instalar en Polonia y República Checa algunos componentes de Defensa de Escudo Antimisil, sin obviar el hecho de que ya Estados Unidos contaba con bases militares en algunos países de Asia Central. Evidentemente, Rusia no puede verse rodeada por recursos militares que amenazan directamente su territorio, por más que en el discurso se intente justificarlos con otras razones como la supuesta agresividad del gobierno iraní.

Entre las políticas que explica Ana Teresa Gutiérrez del Cid y que me

merecen especial atención, encuentro la de la reestructuración de las capacidades defensivas, infraestructura militar y fabricación de armas y equipo tanto para consumo nacional como para la exportación para lo cual está volviendo a invertir recursos proporcionales al periodo de disuasión estratégica. Por otra parte, está la autodefinición como un país euroasiático que brinda especial atención a sus relaciones con otras potencias como China, India y Japón, al mismo tiempo que está tratando de reconstruir su influencia en el territorio de las ex repúblicas soviéticas y ampliando sus relaciones con regiones más alejadas como América Latina (con especial receptividad por parte de Brasil y Venezuela), mientras que en el espacio marítimo procura asegurar su presencia en el Atlántico, el Pacífico y el Ártico, así como en el Mediterráneo.

Las relaciones con Europa, concretamente con la Unión Europea, reciben un cuidadoso tratamiento en el libro. De una parte, está la visión que priva entre los países comunitarios que ven de manera distinta a Rusia, dependiendo de sus intereses nacionales toda vez que, como es sabido, en los temas que los vinculan no hay una postura común. Y son muchos los temas, desde el interés de algunos países ex soviéticos por integrarse a la UE hasta la dependencia que guarda respecto de los energéticos rusos, principalmente el gas, lo cual agrega el tema del trazado de los gasoductos y el precio de los hidrocarburos.

El proyecto iniciado por Putin es amplio y ambicioso por lo que se aseguró de darle continuidad a través de un plan bien pensado: la elección de Dmitry Medvédev como su sucesor en la presidencia, mientras que él mismo pasó a ser primer ministro. Sin embargo, al analizar esta estrategia debe evitarse caer en visiones simplistas como las que se manejaron en la prensa occidental, en el sentido de que Medvédev sería un títere y que Putin ejercería el poder “tras el trono”, todo parece indicar –por el contrario- que el actual Presidente comparte la visión de su maestro y que entre ambos están trabajando para alcanzar las altas metas que se han propuesto.

Para reposicionarse en el mundo se ha revisado y reformulado el concepto de Seguridad Nacional y se está replanteando la Doctrina de Defensa, cuya más reciente versión fue anunciada por Medvédev a principios del pasado mes de febrero y en la que se puntualizan las amenazas más preocupantes que se enfrentarán en el corto plazo entre las cuales se señala la intención de la OTAN de ampliarse a zonas de influencia rusa en perjuicio de sus más inmediatos intereses.

La nueva posición de Rusia deriva de la atención que en los últimos diez años se ha brindado a los problemas internos en los que se están obteniendo resultados alentadores, eso le ha permitido a la mancuerna Putin – Medvédev allegarse un amplio apoyo social, puesto que los rusos se sienten ahora más confiados respecto de su futuro recibiendo mejoras en su bienestar social que

se había venido casi totalmente abajo después de la desintegración de la URSS. Por otra parte, en la jerarquía internacional es incuestionable que Rusia ha vuelto a ser un actor de primer orden a partir del hábil manejo que hace de sus recursos naturales, su diplomacia extendida a regiones diversas y su fortaleza económica, pero, sobre todo, por su decisión de recuperar la figura de un Estado fuerte con una vía distinta a la occidental, probablemente muy cargada de autoritarismo, pero que es aceptada por la población como la más conveniente, y a todo ello hay que agregarle las capacidades militares que, hoy por hoy, le permiten ser la única competencia a la unipolaridad estadounidense, toda vez que la PESG y la PESD de la Unión Europea han sufrido retrasos derivados de las desgastantes negociaciones entre los 27 miembros para lograr la ratificación, primero del *Tratado por el que se establece una constitución para Europa* y más recientemente del Tratado de Lisboa, en las cuales se ha hecho evidente el predominio del intergubernamentalismo por encima de la supranacionalidad.

El contrapeso que hoy ofrece al predominio norteamericano está siendo visualizado por los observadores a partir de la acción de los BRIC pero, con la excepción de Rusia, las otras economías emergentes carecen del sustento militar que les permita desplegar una disuasión efectiva que contrarreste las decisiones unilaterales de Estados Unidos.

Esperamos que el breve recuento que se plantea en esta presentación motive al público interesado en la política internacional a realizar una cuidadosa lectura de este libro que expone con mucho detalle el desarrollo de los temas que aquí sólo enunciarnos someramente pero que son sumamente complejos y que sólo pueden ser desentrañados, como lo hace Ana Teresa Gutiérrez del Cid, con la acumulación del conocimiento y la reflexión que ella ha emprendido por un largo tiempo y que nos permite evitar el error de caer en apreciaciones apresuradas y en la adopción de los clichés que fácilmente se divulgan en la prensa.

Ana Teresa Gutiérrez del Cid, *El Fénix de Oriente  
Rusia como potencia global en el siglo XXI*.  
Montiel & Soriano Eds., México, 2009, 258 pp.